

El testamento de Dios, de Lévy

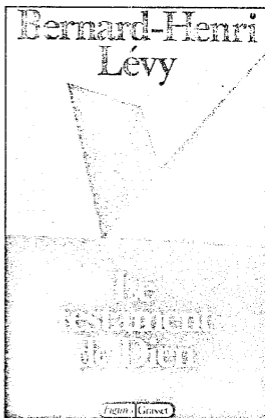
"HERALDO ESPAÑOL"

7.VIII.1980

La decepción de un revolucionario

ESTE es un libro ateo para los ateos, un libro político para los políticos y un libro religioso para los hombres religiosos. Su autor, el judío francés Bernard-Henri Lévy, sí, el que armó escándalo en el programa "La Clave" de TVE, el que, a pesar de que Balbin no le permitiera expresarse liberalmente, dejó aplastados a los Santiago Carrillo, a los Roger Garaudy, etc. Pasa por el más polémico y valioso de los "nuevos filósofos" decepcionados del Mayo francés velleidoso y emasculadamente revolucionario y maoísta. Ensueña todavía con una revolución imposible, medio anarquista, medio liberal, ignorante de lo que ya dejó bien sentado el lúcido Albert Camus, a saber, que cuando se quiere ante todo la libertad no se puede querer la Revolución, porque la Revolución acaba inexorablemente con la libertad.

Pero ocurre a este judío como a la mayoría de ellos: por una trágica, yo digo que por una providencial y profética planificación o designio divinos, los hombres más nobles de esta raza vuelven a sus orígenes, siquiera sea idealmente. Y en éste su tercer libro, Lévy hace una larga, prolija, a las veces, pesada digresión demostrativa de que "El testamento de Dios", el patrimonio intelectual o espiritual del pueblo hebreo a través de la historia ha sido el mayor baluarte en defensa del hombre, de los derechos del hombre, de la libertad del hombre, frente a todo intento de embargarlos. Pero no se crea que Lévy ve ese patrimonio espiritual como algo recibido graciosamente de un Dios personal revelante, de un Creador que se sigue comunicándose con su criatura aún rebelde, caída e ingrata. La óptica de Lévy es una óptica laica, positivista, que ni siquiera se plantea la cuestión de si es explicable, y cómo lo sería, el que sólo el pueblo hebreo pudiera sobrevivir fiel a su cultura caracterizada por el culto al Dios único, entre todos los pueblos idolátricos, naturalistas y hedonistas. Indudablemente, lo mismo que el judío Freud, para explicarse al hombre, cuando intenta analizarlo, se tiene que plantear la hipótesis de que, más allá de lo que se ve sensiblemente, hay en el hombre algo que no se ve, pero opera en él y a ese algo, en vez de llamarle alma o espíritu, como los griegos y los escolásticos, le llama "lo inconsciente", así también cualquier judío y cualquier persona, ante la singularidad del pueblo hebreo y para explicarse su gesta en la historia tiene que aceptar la hipótesis de que Yahvé existe, de que un Ser extrahumano está asistiendo oculto y operativo a esa gesta. De otro modo, no se explicaría racionalmente el pueblo hebreo. Lévy no lo hace así, porque ha tenido voluntad gratuita de analizar "El testamento de Dios" con una mentalidad positivista o al menos agnóstica. No obstante lo cual, el libro vale la pena ser leído, porque Lévy es un escritor de genio, de vivencias insólitas, de raciocinio penetrante, de cultura vastísima. Y es un libro que, en su edición príncipe, y hasta



de terrores y de contemplaciones frente a los marxismos más o menos en boga. Y éste, como su libro anterior, "La barbarie de rostro humano" constituye una formidable, clarividente y saludable reacción contra la "vulgata" marxista, como diría Aron, y contra el dogmatismo, el cinismo o el fanatismo de toda esa legión de vividores del socialismo y del comunismo que parasitan hoy el mundo y España.

La enseñanza principal de este libro, con todo, pareceme que consiste en decir, por activa y por pasiva, y mostrarlo con evidencias y razones agudas, que la Biblia es un libro de resistencia. Pero la Biblia está sostenida por la creencia en que existe un Dios que en ella se revela y nos muestra que el hombre, cuando confía sólo en el hombre y desdeña la Ley de Dios, incurre en todas las abominaciones más inhumanas, en todos los abusos contra el hombre; que no hay derechos del hombre, que no se respetan verdaderamente los derechos del hombre, cuando no hay un Dios legislador y castigador que impone a los hombres respetar los derechos del otro hombre y querer su bien y su felicidad. Es la misma conclusión que obtenía el jesuita de Lutac discuriendo sobre "El drama del humanismo ateo": que el hombre al cabo cae en la cuenta de que "un humanismo sin Dios, un mundo sin Dios es un mundo inhumano", inhóspito, porque acaba ocurriendo en él lo que encuentra Sartre, que "el infierno son los